

El caudillo español, despues de haber dado las órdenes necesarias, marchó á Coyohuacan á media tarde, en los momentos en que el cielo se cubria de negras nubes, amenazando una próxima tempestad. Al llegar, se hizo cargo de los prisioneros, y Gonzalo de Sandoval se dirigió inmediatamente á su campamento de Tepeyacac.

Durante la noche, el cielo se desató en torrentes de agua, acompañados de incesantes relámpagos y truenos, inundando las calzadas y los caminos (1). Parecia que las sangrientas divinidades, al verse arrojadas para siempre de los altos *teocallis*, donde habian presenciado las horribles hecatombes en que se gozaban, despedian gritos de infernal ira, encontrándose impotentes para la venganza. Un rayo, desprendiéndose del centro de las negras nubes, cayó sobre el enorme tambor ó *teponaxtli*, despedazando aquel espantoso instrumento de horrible sonido, que mil veces habia anunciado al pueblo los sanguinarios actos en honor del inhumano dios Huitzilopochtli. Los míseros habitantes de la capital, sin encontrar techo donde guare-

concedió á Cortés «el derecho exclusivo de tener en recuerdo de la aprehension de Guatemotzin su cabeza y las de otros siete príncipes prisioneros en la orla de su escudo.» La cédula de la concesion de las armas á Cortés por el emperador Carlos V, fechada en Madrid el 7 de Marzo de 1525, dice: «Y en la mitad del otro medio escudo de la mano izquierda, á la parte de arriba, tres coronas de oro en campo negro, la una sobre las dos en memoria de tres señores de la gran ciudad de Tenustitan y sus provincias que vos vencisteis, que fué el primero Moteczuma, que fué muerto por los indios, teniéndole vos preso, y Cuotaoazin su hermano que sucedió en el señorío y se rebeló contra vos y os echó de la dicha ciudad, y el otro que sucedió en el dicho señorío Cuautematecin.»

(1) «Llovió y tronó y relampagueó aquella noche, y hasta media noche mucho más.»—Bernal Diaz del Castillo.

cerse ni casa donde descansar, se arrimaban á los negros escombros de los edificios incendiados, procurando librarse, en lo posible, del ímpetu de la lluvia.

Al siguiente dia, pidió Guatemotzin á Hernan Cortés, que permitiese salir á los mejicanos á la campiña, sin que fuesen molestados de nadie, antes de que la peste y el hambre acabasen con los que habian sobrevivido á las calamidades sufridas hasta aquel instante. El general español accedió gustoso á la peticion, pues de esta manera podria proceder á quitar los cadáveres amontonados en las casas, calles y acequias y á purificar la corrompida atmósfera, cuya fetidez se hacia insoportable. Dadas las órdenes para la evacuacion de la plaza, de la cual debian salir todos sin armas, mandó á los aliados que se abstuviesen de hacer el menor daño ni ofensa á nadie, ni de poner obstáculo ninguno en el rumbo que quisiesen llevar. Las calzadas se llenaron inmediatamente de millares de personas de todos sexos y edades, ávidas de salir del horrible cementerio en que habian vivido sobre los muertos, y de respirar el aire puro de la campiña. Mujeres, niños, ancianos, jóvenes, enfermos y heridos, sin fuerzas para sostenerse, macilentos, flacos y debilitados por el hambre, sucios, amarillentos, cubiertos de harapos y despidiendo un olor pestilente, marchaban en confusa mezcla, sin poder apenas sostenerse de pié. Hay variedad en los historiadores, respecto del número de las personas que salieron de la ciudad despues de la terminacion del sitio. No incluyendo á las mujeres ni á los niños, cuya cifra era bastante alta, Ixtlilxochitl dice que fueron sesenta mil los que rindieron las armas. Torquemada baja á treinta mil el

número de los rendidos que pertenecían al ejército, y Oviedo le hace subir á setenta mil. Aventurado sería escoger, como exacta, cualquiera de las tres aserciones; pero lo que se puede asegurar es que el número fué considerable. Bernal Díaz del Castillo, que presencié la desocupación de la capital, dice que por espacio de tres días con sus correspondientes noches, las calzadas se veían llenas de personas de todos sexos y edades que salían de la ciudad en el estado mas lamentable (1).

Terminada al tercer día la salida de los capitulados, envió Hernán Cortés, á varios de sus capitanes á la ciudad, para ver lo que en ella quedaba. Ruinas y cadáveres, fueron los objetos con que se encontraron al pasar el circuito en que habían hecho sus últimas defensas los sitiados. Todas las casas á donde se había retirado Guatemotzin, al fin del sitio, se hallaban literalmente llenas de muertos y de moribundos, pugnando algunos de estos desgraciados por salir de entre los finados. Las calles, la laguna, las zanjas y las acequias, en vez de agua ó tierra, presentaban cuerpos de desgraciados seres que habían perecido víctimas del hambre ó de las armas. La tierra de las orillas del lago la encontraron removida, sin una raíz, sin una yerba, pues hasta la corteza de los árboles les había servido de alimento (2).

(1) «Digo que en tres días iban todas tres calzadas llenas de indios é indias y muchachos, llenas de bote en bote, que nunca dejaban de salir, y tan flacos y sucios é amarillos é hediondos, que era lástima de los ver.»—Bernal Díaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Envió Cortés á ver la ciudad, y estaban como dicho tengo, todas las

Los mejicanos habían llevado al grado mas heróico la defensa de la ciudad, como llevaron los españoles la de Sagunto, Numancia y Zaragoza. El valiente soldado que presencié los hechos y los ha dejado consignados en las páginas de su sencilla y veraz obra de la conquista, dice «que no ha existido generacion ninguna en el mundo que sufriese el hambre, la sed y los continuos combates, como lo sufrieron los mejicanos (1).» No es posible hacer un cálculo que fije el número de víctimas que tuvieron los sitiados durante los setenta y cinco días de asedio. Hernán Cortés, que es el que presenta la cifra mas baja, aprecia la pérdida de los sitiados, en los tres asaltos, en sesenta y siete mil personas que, agregadas á cincuenta mil que asegura el mismo que perecieron de hambre y de peste, arrojan una suma de ciento diez y siete mil muertos. Si á este número se agrega el de los guerreros que debieron perecer en los ataques dados varias veces á los campamentos españoles, la suma total podría calcularse, sin temor de incurrir en exageracion, en ciento veinticinco mil individuos. El historiador texcocano Ixtlilxochitl, hace subir la cifra de los que perecieron, á doscientos cuarenta mil; pero creo que es demasiado elevada (2). De los novecientos

casas llenas de indios muertos, y aun algunos pobres mejicanos entre ellos, que no podían salir... y hallóse toda la ciudad arada, y sacadas las raíces de las yerbas que habían comido cocidas: hasta las cortezas de los árboles tambien las habían comido.»—Bernal Díaz del Castillo. Hist. de la conq.

(1) «Y no se ha hallado generacion en el mundo que tanto sufriese la hambre y sed y continuas guerras como esta.»—Bernal Díaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) Bernal Díaz sin fijar el número, dice: «Yo he leído la destruccion de Jerusalem; mas si en ella hubo tanta mortandad como esta, yo no lo sé; porque

hombres de que constaba la fuerza española, pasaron de cien los que murieron, y del numeroso ejército aliado, perecieron algunos millares de guerreros.

La primera providencia de Cortés, en cuanto salieron los mejicanos de la ciudad, fué sepultar los muertos y purificar la atmósfera por medio de grandes hogueras encendidas con maderas aromáticas, en todas las calles, pero muy especialmente en Tlatelolco, donde fué mayor la mortandad.

El botín fué mucho menor de lo que esperaban encontrar los españoles. Todo el oro que se hizo fundir, no pasó de 19,200 onzas (1). Algunas alhajas que por su trabajo artístico se consideraron dignas de conservarse, se reservaron para enviarlas de regalo al emperador Carlos V.

Siendo insoportable la fetidez que reinaba en la ciudad, que, según Bernal Díaz, «no había hombre que sufrirlo pudiera,» Hernán Cortés se situó en Coyohuacan, en tanto que se daba sepultura á los cadáveres y se purificaba la atmósfera.

faltaron en esta ciudad gran multitud de indios guerreros, y de todas las provincias y pueblos sujetos á Méjico que allí se habían acogido, todos los más murieron: que, como he dicho, así el suelo y la laguna y barbacoas, todo estaba lleno de cuerpos muertos.» Oviedo, al hablar sobre este punto en su Historia de las Indias, dice: «Yo he conversado con muchos hidalgos y con otras personas, y les he oído decir que el número de muertos fué incalculable, mayor que el que hubo en Jerusalem según la descripción de Josepho.» Esto no se puede tomar al pie de la letra, sino como un medio de que se valieron para expresar la horrible mortandad sufrida por los mejicanos, pues según el historiador judío, en Jerusalem perecieron un millón y cien mil personas.

(1) «Recogiólo el oro y otras cosas, con parecer de los oficiales de V. M.,» dice Cortés, «se hizo fundición de ello, y montó lo que se fundió más de ciento y treinta mil castellanos.» Esta cantidad de castellanos equivale á 18,200 onzas.

La toma de la poderosa capital azteca, acaeció el 15 de Agosto de 1521, día de San Hipólito, motivo por el cual se le declaró patron de la ciudad; á los ciento noventa y seis años de haber sido fundada, tiempo en que vió sucederse en el trono once reyes, y dos años cuatro meses de haber desembarcado en Veracruz Hernán Cortés. Este suceso se celebraba anualmente, durante el gobierno español, con una solemne procesion, en que el alférez real, acompañado del virey, de la Audiencia y de los más distinguidos personajes, todos á caballo, llevaba la bandera real con que se hacían las juras, á las vísperas del día de San Hipólito. Al siguiente día, después de la misa cantada, volvía á llevarse la bandera, con la misma solemnidad, á la sala ayuntamiento, donde se conservaba (1).

No siendo ya necesaria la fuerza de los aliados, el general español llamó á los jefes de los diversos escuadrones, que acudieron inmediatamente á su llamamiento. Allí se hallaban el valiente Chichimecatl y los dos hijos del anciano Jicotencatl, «que habían guerreado muy valerosamente contra el poder de Méjico,» dice el sincero soldado cronista, «y nos ayudaron muy esforzada y extremadamente bien.» Allí el apuesto jóven Carlos Ixtlilxochitl, hermano del rey de Texcoco que, según el mismo Bernal Díaz, «hizo cosas de muy esforzado y valiente varon;» allí un distinguido jefe de una de las ciudades de la laguna, cuyo nombre no pudo consignar el veterano historiador por ha-

(1) Prescott dice que se llevaba en la procesion «el venerable estandarte del conquistador;» pero sufre una equivocacion, pues era, como he dicho, la bandera real con que se hacían las juras.

bérsele olvidado, pero que «hacia maravillas;» y allí, en fin, otros muchos capitanes «que guerrearon muy poderosamente.»

Hernán Cortés, después de ponderar su valor y el esfuerzo que habían mostrado en los combates, les dió las gracias por su importante cooperación en la caída del imperio mejicano, y les dijo que haría presente al soberano de Castilla, los brillantes servicios que habían prestado en aquella penosa campaña. Como manifestación de gratitud y de amistad, les hizo algunos presentes valiosos; les prometió que pondría en conocimiento de su soberano la lealtad y la constancia por ellos desplegada, y terminó diciéndoles que podían regresar á sus provincias, llevando el rico botín adquirido en los combates.

Los jefes aliados quedaron cautivados con las palabras del general español, y se manifestaron dispuestos á acudir á su llamamiento en el momento que los juzgase útiles. Habían destruido el poder de los emperadores aztecas, y estaban contentos. Vueltos á los campamentos en que tenían sus tropas, dispusieron la marcha. Formados los escuadrones, mandó cada legión á sus indios de carga, que cargasen el botín ganado en la campaña. Los despojos que llevaban se componían de telas y vestidos de algodón, oro, alhajas, plumas, sal y una cantidad considerable de cecina, hecho de la carne de los mejicanos matados durante el sitio (1).

(1) «Y aun llevaron hartas cargas de tasajos cecinados de indios mejicanos, que repartieron entre sus parientes y amigos, y como cosas de sus enemigos, la comieron por fiestas.»—Bernal Díaz del Castillo. Hist. de la conq

No habían sido los españoles y Cortés los que pusieron sitio á Méjico: fué el deseo de venganza, el odio de los pueblos vejados y oprimidos, el anhelo de sacudir el opresivo yugo que sobre las diversas naciones del Anáhuac había pesado por espacio de un siglo, los que hicieron desaparecer la ciudad y el poder de la nación azteca. El caudillo español no había hecho más que hacer olvidar á los diversos señoríos sus rencillas particulares, para unirlos con una sola idea, con un solo pensamiento: el aniquilamiento de sus despóticos dominadores. Diestro político, había sabido aprovecharse del odio y de los resentimientos de los pueblos conquistados por la nación mejicana, y dirigirlos contra el poderoso enemigo que él intentaba vencer como único obstáculo que se oponía en su maravillosa empresa. Las naciones supeditadas por los conquistadores aztecas, acogieron con el entusiasmo con que acoge todo el que anhela recobrar la libertad, el pensamiento de Cortés; y viendo en él la inteligencia y el poder, le eligieron espontáneamente por jefe principal, reconociendo por soberano al monarca de Castilla. Querían vengar todos los agravios, todas las injusticias, todas las tiranías que habían recibido de los mejicanos por espacio de una centuria, y marcharon, con intensa alegría, á destruir el imperio de sus conquistadores. Los tlaxcaltecas, los tepeaqueños, los cempoaltecas, los choluleses, los huexotzincos, los chinantecos, los xochimilcos, los otomites, los chalqueños, todos los pueblos, en fin, del Anáhuac, que hoy son mejicanos, y que entonces, lejos de serlo, odiaban hasta el nombre de Méjico, volaron con extraordinario júbilo á reducir á cenizas la capital de sus dominadores, siendo un espectáculo de los